
Ri003

El mito de los tres primeros años. Una nueva visión del desarrollo inicial del cerebro y del aprendizaje a lo largo de la vida

Bruer, J.T.
Paidós, Barcelona, 2000, 251 pp.

(Original) The Myth of the First Three Years

Bruer, J.T.
The Free Press, New York, 1999

John T. Bruer es presidente de la *McDonnell Foundation*, en St. Louis, organización norteamericana que presta su ayuda a investigaciones en el ámbito de las neurociencias, de la psicología y de la educación. *El mito de los tres primeros años* y demás publicaciones de este autor en diversas revistas mantienen la misma postura: el escepticismo y la crítica ante determinadas convicciones que sustentan las actuaciones educativas en los tres primeros años.

En este libro se señala que durante la última década han aparecido voces que han animado a los padres a que llevaran a cabo determinadas actuaciones con su hijo –que se definían como estimuladoras o potenciadoras de

las capacidades–, si no querían que éstas se perdieran o se vieran mermadas. Dicha argumentación, que ellos sustentan en determinados hechos neurológicos, será lo que Bruer analice en *El mito de los tres primeros años*.

De todos modos, Bruer (p. 41) puntualizará que “el hecho de ser crítico con el mito no significa que se critique el objetivo de hacer un mundo mejor para los niños: indica el compromiso de examinar con atención la ciencia del desarrollo inicial del cerebro con la esperanza de poder identificar las bases más eficaces para impulsar en la dirección deseada la crianza infantil y también las políticas para la primera infancia”.

Bruer señala que se han mitificado varias cuestiones relacionadas con las ciencias del cerebro, la primera de ellas tiene que ver con los *ambientes enriquecidos*. Se ha evidenciado que un entorno enriquecido en estímulos ayuda a desarrollar las capacidades. El autor, después de debatir qué constituye un ambiente enriquecido, critica que, de ahí, se haya llegado a señalar erróneamente que los entornos enriquecidos *producen* en el niño un aumento del volumen cerebral, una mayor densidad sináptica y una arborización axónica. Asimismo, se ha asegurado que, como el SNC tiene en ese momento una mayor receptividad ante los estímulos, en el niño hay una mayor capacidad para desarrollar su inteligencia.

El segundo mito se fundamenta en una determinada concepción de los *períodos críticos*. A pesar de que se ha demostrado que,

I77 ESE Nº3 2002

RECENSIONES

EL MITO DE LOS TRES
PRIMEROS AÑOS.

efectivamente, hay etapas en las que la facilidad o propensión para aprender determinadas habilidades es muy grande, se ha inferido equivocadamente que casi todas las habilidades *deben* ser aprendidas en ese momento, porque *sólo* durante estos lapsos de tiempo el cerebro estará preparado para desarrollar todo su potencial.

Finalmente, el tercer mito del que habla el autor se refiere a la *formación de sinapsis*. Si bien es cierto que la estimulación ambiental influye en la estabilización de un tipo de conexiones sinápticas, no es sostenible argumentar de lo anterior que puede aumentarse el número de sinapsis con una mayor estimulación, que las sinapsis se creen gracias a ella y que, por tanto, sea imprescindible *fabricar* al niño un ambiente enriquecido.

La obra de Bruer se podría estructurar temáticamente en cuatro grandes bloques: el origen del mito, su historia, sus afirmaciones o posturas a favor y en contra, y algunos consejos que da el autor acerca del mito. En el primer y segundo capítulo –primer y segundo bloque–, el autor se detiene en hablar del origen y de la historia por el que se creó el mito: las distintas publicaciones y conferencias de políticos acaecidas en Norteamérica, que sustentaban una convicción determinista del desarrollo del niño en sus tres primeros años. En el tercer, cuarto y quinto capítulo –cuarto bloque–, Bruer contraargumenta cada uno de los mitos aludidos (la formación sináptica en el tercero, los períodos críticos en el cuarto, y los ambientes enriquecidos en el

quinto). Haciendo uso de un discurso muy fluido, Bruer parte de las argumentaciones neurológicas que sustentan los autores del mito, y luego las rebate con contraargumentaciones, analizando detenidamente los supuestos de base. Con ello, el autor logra convencer al lector de que las posturas neurológicas de partida eran interpretaciones erróneas y simplificaciones de hechos neurológicamente probados.

Finalmente, el autor concluye su libro con un sexto capítulo donde, fundamentalmente, aconseja a los padres cautela ante diversos peligros relacionados con el mito (el consejo tras la generalización de determinados resultados, o el recelo ante cualquier afirmación absoluta y categórica sobre el potencial del SNC en la edad temprana).

Por todo lo dicho, Bruer se convierte en una voz disonante dentro del ámbito educativo de la temprana infancia. De todos modos, cabría hacer una consideración, sobre un tema que late en el fondo de esta cuestión: la relación que existe entre el ámbito de las neurociencias y el ámbito educativo. Si bien es cierto que las ciencias del cerebro no pueden usarse como justificante para llevar a cabo cualquier intervención educativa, también lo es que el conocimiento neurocientífico puede ayudar al educador y a los padres a ser más conscientes del gran potencial que tiene este período. Pero de ello, no habla Bruer.■

SONIA RIVAS